

Leyendo a Lucano. ("La Nación", Buenos Aires (R. A.) 17 septiembre 1915).

## LEYENDO A LUCANO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, agosto de 1915.

Para poder descansar de las emociones que la guerra nos procura. ¿qué mejor refugio que algún escondido rincón, ceñido de verdura, a donde los ecos del combate no lleguen? Así un día de estos me iré a mi nativa tierra vasca, a ver si allí, en algún repliegue de una de aquellas maternales montañas bridadas por el canto del mar, encuentro, al pie de unos castaños, de unos robles o de unas hayas, el baño sedante que me aplaque los nervios. Para poder luego continuar la brega; aunque... ¡no! Allí en mi tierra, lo presiento, sentiré exacerbada mi aco-

metividad. Entretanto y ya que aquí no se nie ofrece ese rincón de verdura, busco, sin embargo, en este rincón ciudadano, bajo el reflejo del esplendor del Renacimiento, un refugio. Es un refugio en el remoto pasado. Desde mi balcón, en los atardeceres de estos ardientes días de canícula, tengo a la vista, de un lado la torre de Monterrey, con su calada crestería, verdadero encaje de piedra, resaltando sobre la masa ingente de la Clerecía, y de otro lado veo cómo emerge de una masa de verdor, de una umbrosa avenida de álamos, la torre de las Ursulas. Y todo esto equivale a un paisaje, es un paisaje también. El follaje de piedra de los ornamentos de estas torres renacentistas, platerescas, ha vivido y vive como el verde follaje de los álamos. ¡Y tienen estas torres raíces, vaya si las tienen! Raíces en el suelo y raíces en la historia.

¿Qué mejor, pues, cabe hacer bajo el esplendor de esta visión pétrra del Renacimiento, en estas calmosas y aun bochornosas tardes caniculares, qué mejor cabe hacer que transportarse a aquel Renacimiento, cuando, la antigüedad greco-latina resucitaba? Y más ahora que tanto se habla de latinismo. Y me he puesto a repasar una vez más los clásicos. Y ahora, dejando por un momento a los griegos, a los que tengo obligación de explicar durante el curso, me he vuelto a los latinos. Y en este balcón, buscando un poco de frescura, leo a Tito Livio, a Lucrecio, a Lucano.

Aquí está Lucano, nuestro Lucano, ¡el español! Le tengo en una edición, no muy buena para la vista—¡gracias que soy miope!—de 1727, de Padera, con notas de Hugo Grocio y de Tomás Farnabio. ¡Lucano! Este es el nuestro, el cordobés, el español! El autor de la primera epopeya que se compuso en España. Y esta epopeya—poema épico, no epopeya, diría acaso un pedante—esta epopeya, la «Farsalia», canta a un vencido, a Pompeyo. El primer cantor robusto de esta mi patria—¡bendita sea!—¡fue un canto a un vencido! Ya se anunciaba el quijotismo. Lucano fué un profeta de Don Quijote.

Leo, pues, a Lucano. Los robustos hexámetros latinos, algo conceptuosos a las veces—Lucano era cordobés—desfilan por mi espíritu como un verdadero ejército. Cantan de guerra, dicen de guerra y oyendo de esa guerra templa mi espíritu de las emociones de la de hoy.

Canta Lucano guerras más civiles—“plus quam civilia”. ¿Es que esta guerra de hoy no es también más que civil? ¿Es que los pueblos europeos no forman, en el fondo, una verdadera nación, una verdadera hermandad? ¿O no será acaso el fin último, el fin providencial de esta guerra, el que descubramos esa hermandad, esa civilidad,



RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo I



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS USAL ES



velada ayer por un bárbaro militarismo que se apacentaba de ensueños megalomaniacos y por un comercialismo no menos bárbaro que no quería ver en el mundo más que un mercado por conquistar?

Nuestro Lucano trata de investigar, poéticamente, por supuesto, las causas de la guerra que estalló entre César—no se olvide que kaiser y César es lo mismo en cuanto al origen lingüístico—y Pompeyo. Quiere el poeta descubrir las causas de tan grandes sucesos.

Felix animus causas tantarum expromere verbum

Y busca seis. Como podía haber buscado cinco o siete o setenta. César, también, en su libro de la guerra civil—"De bello civili"—trata de inquirir esas causas. Pero César era un abogado, y en causa propia, mientras que Lucano, el profeta de "Don Quijote", cantó al vencido. Y Lucano inquiera esas causas. Y empieza por la fatalidad, que quiere que un pueblo al llegar a un colmo de poderío declina.

Invida fatorum series summisque negatum stare diu.

¡La fatalidad! ¿Para qué más? No hagamos caso de las otras cinco causas. El misterioso Hado lo explica todo, acaso porque en rigor no explica nada. ¡La fatalidad! ¿Pero es que ahora, en esta guerra, esos tudescos, que aprendieron de Lutero lo del servo albedrío—"servum arbitrium"—y de Kant el Imperativo categórico, que es otra forma de lo mismo, no nos hablan de necesidad de contrición, de "Noctigung"? ¿No invocó el canceller Bethmann-Hollweg el Hado, y no dijo, en medio de los aplausos del Reichstag, en la sesión del 4 de agosto del año pasado, que la necesidad no conoce ley? Ese pueblo que ha estado teorizando y sistematizando el instinto, cuya filosofía toda—y la llaman racionalista!—no es en el fondo más que una justificación de los instintos elementales y primarios del animal humano, ese pueblo es más fatalista que el pueblo de Lucano, que este nuestro pueblo español. Como que fueron nuestros teólogos, los teólogos españoles, los más acérrimos defensores del libre-arbitrismo. Aunque hay quien dice que nuestra real gana—"¡no me da la real gana!"—es otra forma de fatalismo.

Dejemos, pues, las otras cinco causas que Lucano señala a la guerra y quedémonos con la fatalidad, con la "invida fatorum series". Es lo más cómodo. Y prosigamos. Hasta llegar a aquel verso ya inmortal, a aquella espléndida sentencia de nuestro profeta de "Don Quijote", a aquella en que dice que la causa vencedora—la de César—plugo a los dioses, pero la vencida—la de Pompeya—a Catón.

Victrix causa deis placuit, sed victa Catoni.

Y aquí tenemos a Catón por encima de los dioses.

Catón de Utica, eterno modelo del hombre. De hombre, no de sobre-hombre, ¡no!, sino de hombre. Guardando la isla del Purgatorio le puso el Dante. Allí le encuentra solitario al viejo Catón, con un aspecto que infunde tanta reverencia como la que un hijo debe a su padre.

Vidi presso di me un veglio solo,  
Degno di tanta reverenza in vista,  
Che più non dee a padre alcuna figliauolo.

Y es que Catón era uno de los padres espirituales del Dante, padre espiritual de Italia. Y le vió con los rayos de las cuatro cruces santas—de cuatro estrellas—triséndole de luz de tal manera el rostro que le veía como si tuviese delante al Sol.





Li raggi delle quattro luci sante  
Fregiavan si la sua faccia di lume,  
Ch'io'l vedea come'l Sol fosse da-  
[vante.

Pregunta luego Catón a Virgilio,  
y el Dante qué van buscando allá,  
al Purgatorio, y el guía dice a Catón,  
que Dante busca libertad, que es cosa  
tan querida, como lo sabe bien quien  
por ella rechaza la vida, como Catón  
hizo.

Libertá va cercando, ch'ó si cara  
Come sa chi per lei vita rifiuta.  
Y habla Catón al Dante. Pero es

mejor que oigamos lo que le hace de-  
cir nuestro Lucano, uno de los maes-  
tros del Dante. (v. Inferno XXV, 94).

Hay que leer y releer en estos días  
de vergonzosa neutralidad—de esta vi-  
leza a que llaman neutralidad en la  
tierra que fué de Lucano—hay que  
leer y releer las palabras que pone és-  
te en boca de Catón cuando con-  
testa a Bruto primero, y a Marcia, su  
mujer, después. «Confieso, Bruto—di-  
ce,—que la guerra civil es la mayor  
desdicha, pero lo que trae el Hado,  
puede la virtud seguir segura. Será  
un crimen que me haga dañoso a los  
dioses. ¿Quién ha de querer ver que  
se caen el mundo y las estrellas, libre  
él de miedo? ¿Quién, cuando se hunda

el alto éter y la tierra se vaya, mez-  
clado el peso todo del mundo, ha de  
estarse con las manos cruzadas? ¿Han  
de ir gentes desconocidas al furor  
hespérico, a la guerra romana, y re-  
yes que vienen de rincones puestos  
bajo otro astro y yo sólo he de estar-  
me en ocio? ¿«Otia solus agam?»

... Así como a un padre que se que-  
da huérfano de sus hijos el dolor mis-  
mo le manda hacer largo luto junto al  
túmulo, y le vale haber metido la ma-  
no en las negras cenizas y haber te-  
nido las teas en el montón de tierra  
de la sepultura, así no me arrancaré  
de aquí antes de haberte abrazado  
exánime ¡oh, Roma! y tu nombre, Li-  
bertad, y vaya luego a la vana som-  
bra. ¡Así me vaya! Que los implaca-  
bles dioses cumplan la expiación toda  
romana; no hurtemos a la guerra  
sangre alguna.

Nulla fraudemus sanguine bellum.

¡Así pluguese a los Dioses del cielo  
y del infierno echar sobre mi cabeza,  
condenada, las penas todas! ¿Las ene-  
migas catervas no cargaron sobre De-  
cio, víctima dedicada? ¿Que me ata-  
quen los dos ejércitos, que me acomete  
con sus dardos la bárbara turba  
del Rin—«me barbara tolis Rheni tur-  
ba petat»—por medio de las lanzas  
todas, yo, abriéndome paso, recibiré  
las heridas de la guerra toda! Esta  
sangre redima a los pueblos, límpiense  
con esta matanza las costumbres ro-  
manas que hayan merecido pagar cas-  
tigo. ¿Por qué perecen los pueblos fá-  
ciles al yugo? ¿por qué los que quie-  
ron soportar crueles reinados? ¡Ata-  
cadme con el hierro a mí solo, a mí  
que en vano guardo las leyes y los  
hueros derechos! ¡Este cuello, éste,  
dará la paz y el fin de sus penas a  
las gentes hespéricas; después de mí  
ya no le hace falta guerra al que  
quiere reinar!

—post me regnare volenti  
non opus est bello!—

¿Porqué no hemos de seguir las pú-  
blicas banderas, siendo jefe Pompe-  
yo? Si la fortuna nos favorece, no está  
averiguado que él, Pompeyo, quiera  
arrogarse el poder del mundo todo.  
Venza siendo yo su soldado; ¡no crea  
que ha vencido para sí!



ideo me nisbite vincat.  
ne sibi se vicisse putet!

«¡Sic fatur!» ¡Así habla!—dice Lucano. Lucano, tan grande como Catón, pues supo expresar para siempre el alma invicta del gran romano. ¡Ha de sorprendernos que Dante pusiese a Catón de guarda de la isla del Purgatorio? Catón, que dijo ya: «Roma y Libertad!» ¡Roma y Libertad! ¡El grito sagrado frente a la «turba bárbara del Rin!» ¡Roma y Libertad!

Cuando el sol se pone en el incendio de las nubes de oro del ocaso, tras la cortina de verdura de estos álamos que emerge el torreón de las Ursulas— ¡verde y oro! ¡visión de Renacimiento!—sigo leyendo, a la luz que se derrite, a mi Lucano. Habla de los fieros, de los duros íberos. ¡Ay, mi Lucano, cuánto han cambiado los nietos de los nietos de tus hermanos!

Y llego a aquel pasaje en que arreglando Pompeyo a sus tropas, antes de haber tenido que abandonar Brindisi al vencedor César, les dice refiriéndose a éste que «aprenderá que no huyen de la guerra los que pudieron sufrir la paz».

disces non esse ad bella fugaces  
qui pacem potuere pati.

Ya sé que puede traducirse el «pati» de otro modo que por sufrir. El honrado comentador Farnabio nos dice que eso quiere decir «vivir en paz»—«in pace vivere»—y nos remite a otro pasaje de la misma «Farsalia», el verso 313 del libro V en que Lucano dice: «aprende a poder pasarte sin las armas» o «a aguantar sin las armas».

disce sine armis  
posse pati.

Y en la nota a este otro pasaje nos dice que es un modismo muy usado por los españoles.—«Hispanis usitatus»—en apoyo de lo cual aduce textos de Séneca, el tío de Lucano, cordobés como él, que habla de poder pasarse sin el reino, una vez, y otra de poder pasarse sin hombre. Y en griego el verbo padecer o sufrir—de la misma raíz que el latino «pati»—significa también pasarlo bien o mal. Pero yo, español como Lucano, creo que se debe traducir: «no huyen de la guerra los que pudieron sufrir la paz».

¡No huyen de la guerra los que pudieron sufrir la paz! No, no esquivan la guerra, cuando ella se les viene encima, los pueblos pacíficos, civiles, que pudieron sufrir la paz. Porque la paz se sufre. Y no la sufren a la larga los pueblos que más que pueblos son ejércitos, ejércitos de soldados o de comerciantes, disciplinados y organizados para la conquista del botín, los pueblos de presa que a la larga no pueden vivir sino a expensas de los otros pueblos; aquellos para quienes la guerra es una industria nacional según dijo el economista (!!) Adolfo Wagner, este apóstol del socialismo de estado que es todo lo contrario acaso del socialismo del pueblo. ¡Sufrir la paz! ¡Sobportar la paz! He aquí una de las más grandes virtudes para un pueblo. Porque cuesta más sufrir la paz que sufrir la guerra. De la misma manera que es más difícil llevar la salud que llevar la enfermedad.

Esta mañana precisamente leía en el número del 7 de este mes de agosto de la revista conservadora inglesa «The Saturday Review» un artículo redondamente conservador, en que se hace la crítica de un libro de C. Ernest Layle sobre «El gran arreglo» («The great settlement») que ha de seguir a la guerra. Y el crítico de la «Saturday», un antipacifista al modo conservador—



Leyenda a Luciano

4-137



5

porque hay otros modos de serlo—un partidario, me figuro, del servicio militar obligatorio, de la «conscription», —que sería la mayor caída moral de Inglaterra, guardiana hoy y maestra de la libertad civil y de la democracia del mundo,—el crítico conservador nos dice que Mr. Fayle no explica lo que entiende por paz ni lo que entiende por guerra. «Su libro supone—nos dice—que la vida ordinaria es paz y que sólo la lucha militar y naval es guerra. Si el producir daño a las vidas humanas significa guerra, entonces la vida ordinaria nada tiene que ver con la paz, puesto que cada fase de las empresas humanas provoca toda una batalla de accidentes y siniestros. En 1913, por ejemplo, el tráfico ferroviario, por caminos y callejero, impuso al Reino Unido enormes pérdidas, que incluyen no menos que 3293 personas muertas y 76.340 heridas». El crítico habla luego de las vidas y las saludes que cuestan el industrialismo y la guerra comercial entre naciones en competencia, y dice que habrá que estudiar si es que el mundo ha visto un poder gobernante menos incaballeresco o más agresivo que el industrialismo. «Huelgas, trusts, combinaciones, tarifas, una acucia por la ganancia que se las arregla muy bien con las ambiciones germánicas, siniestras «colmenas de industria», donde abundan los oficios malsanos y donde moradas de una o dos habitaciones degradan a las mujeres y debilitan a los niños... etc., etc.» El crítico hace una vez más el proceso del industrialismo... pacífico! Y añade: «Si Mr. Fayle considera toda esta común desgracia como paz, ¿adónde va a buscar la discordia civil? ¿Y cómo supone que las naciones todas del mundo han de aprender a besarse una a otra, cuando no hay una sola nación en el mundo que desee ser sino de presa en su política de partidos y en sus competencias de negocios?» Todo lo cual acaba en una lección, y es que hay que desconfiar del liberalismo, aunque el crítico no lo diga así. Le advierte a Mr. Fayle que se prevea contra la ilusión llamada paz.

Cuán lejos estamos ya de aquel cándido ensueño de Spencer de una época industrial sucediendo a una guerra! Ensueño tan pueril como el de Comte, de aquellas tres edades: teológica, metafísica y positiva! La guerra surgiendo, en gran parte, aunque no en la principal, del industrialismo! O mejor dicho, la competencia industrial y mercantil, la necesidad que un pueblo de presa, carnívoros—en el sentido en que empleamos esta palabra al referirnos a animales no herbívoros, como al león, al lobo, el tigre, etc.,—tiene de ensanchar sus mercados y buscarse otros nuevos a cañonazos, esa competencia suscitando las más prodigiosas luchas de personalidad étnica.

... con la posterioridad... las vacuandas de la supuesta ciencia... un poeta... un filósofo... un científico...

Museo de Unamuno



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SUALES



y por la personalidad! ¡Qué razón tienen los que dicen que la industria y el comercio alemanes estaban también organizados militarmente! Lejos de ser su industrialismo y su mercantilismo algo opuesto a su militarismo, eran la misma cosa. Se dice que el partido liberal suele ser industrialista y mercantilista—más ésto que aquélio—y el conservador militarista. Pues bien, ahora se les ve unidos a conservadores y liberales en Alemania. Si es que en Alemania ha habido nunca verdaderos liberales, lo que los europeos entendemos por liberales. ¡Era, pues, un puro ensueño aquélio de que el mercantilismo mataría al militarismo? Un ensueño, sí, en los pueblos que no saben sufrir la paz.

¡Sufrir la paz! «¡Pacem pati!» Claro está que dentro de ella, de la paz, hay siempre alguna forma de guerra, la que el mismo Lucano llama alguna vez «concordia discors», una concordia discorde. Y es esta concordia discorde, son estas nuestras queridas discordias intestinas, las que queremos preservar y defender, como dice muy bien Chesterton. Es para conservar esa concordia discorde, esa paz preñada de pequeñas luchas, de conflictos entre sendas libertades y sendas personalidades, es para conservar esa paz y para sufrir esa paz fecunda para lo que los aliados luchan contra los que quieren organizar a Europa industrial, mercantil, científica y militarmente. No, no queremos una industria militarizada. Nos horroriza el socialismo de estado.

Se ha puesto el sol y antes de retirarme a descansar, con luz artificial, repaso aún mi Lucano. Leo aquella triste retirada de Brindisi, cuando Pompeyo, el Magno, perseguido por César, se hizo a la vela, con su ejército, hacia el Epiro, y su suegro ocupó el puerto que él dejara. César quiere copar al ejército de su yerno, pues no le basta con ocupar Brindisi. Y Pompeyo, por esa vez, se le escapó. Y el poeta exclama: «¡oh vergüenza! ¡pequeña es la victoria si huye el grande!»

Hen pudor, exigua est fugiens victoria Magnus! Y pienso en la entrada, hace pocos días, de las tropas del kaiser en Varsovia, sin haber logrado copar al ejército del gran duque ruso. Hay quien recuerda, con este motivo, las victorias famosas de Pirra. Yo no sé... La parte técnica de la guerra me interesa muy poco. No he Megado aún a discutir quién vencerá, eso que nuestros pobres trogloditas llaman vencer. Me preocupa otra victoria más alta. Sin que quiera esto decir que no me angustien las vicisitudes de la campaña cuando parecen desfavorables a la causa que estimo ser la causa de la civilización. Y por eso, para escapar de esas lamentables disquisiciones sobre la marcha de la campaña, para no envenenarme con la pedantería estratégica y las vaciedades de la supuesta ciencia (!!!) militar, para no sufrir eso, me refugio en mi Lucano. Lucano, un poeta, un poeta español y a la par romano, cantor del vencido, y no un pedantesco dómine, un bárbaro adulterado por la ciencia—hay una forma científica de la barbarie—que sólo creyera en el éxito.

MIGUEL DE UNAMUNO.

